

VISIÓN DE LA PAZ² EN LA *REGLA* DE SAN BENITO³

Introducción

Con nuestra conferencia se da inicio a nuestros estudios del X^o Encuentro Monástico de América Latina, que tiene por tema general: *La PAZ benedictina*, don y desafío en el contexto de América Latina.

Pienso que se podrían iniciar estas reflexiones sobre “la paz”, afirmando que quizás en ningún otro tiempo se haya escrito y hablado tanto sobre la paz, como en nuestros días. Y todavía se puede decir con Jeremías: *Paz, paz, cuando no hay paz* (6,14).

Hablar de paz en los días de hoy, marcados cada vez más por la continuación de numerosas guerras regionales supuestamente justificadas por exigencias de reprimir, eliminar o pacificar las luchas y actividades terroristas, cada vez más violentas, inclusive entre nosotros, puede parecer una paradoja o un desafío terrible,

Justamente en estos momentos en que los hombres y las mismas naciones parecen hallarse cada vez más dominados por los instintos de la violencia, de la necesidad de venganza y las represalias, se siente cada vez más fuertemente la necesidad de recordar los solemnes compromisos para la búsqueda de la paz mundial; compromisos éstos asumidos por casi todas las naciones, con ocasión de la creación de la Organización de las Naciones Unidas. Hubo casi unanimidad en el querer realizar la paz, esto era fruto de las terribles experiencias de los años de la guerra mundial del 39 al 45. El recuerdo de este pasado catastrófico y la angustiante posibilidad de un futuro aún más amedrentador en sus conflictos, torna urgente proseguir, a través de todos los medios posibles, hablando y buscando la realización de la paz.

La ONU, dentro de su fragilidad, ha buscado, de muchas maneras, ser fiel a su responsabilidad por la paz en el mundo. A través de su Consejo de Seguridad, recuerda insistentemente y exige el cumplimiento de los compromisos asumidos, buscando los acuerdos y tratados efectivos para la paz, o condenando acciones bélicas injustas.

Pero estos esfuerzos han perdido mucho de su eficacia a consecuencia de la desobediencia y desacato a los compromisos, no pocas veces menospreciados.

Es simplemente terrible el ejemplo de las naciones que se presentan como herederas de tradiciones cristianas, y que osaron despreciar y desobedecer las resoluciones más solemnes del Consejo de Seguridad; llevadas por intereses de un nacionalismo egoísta o aún por disfrazada búsqueda de sus intereses económicos y de las riquezas naturales de países pobres o emergentes.

Dentro de este contexto histórico, que se extiende ya por varias décadas, la Santa Sede, sobre todo por la voz de los Papas, se hace presente y continúa insistiendo en la necesidad de reconocer que solamente la paz entre las naciones podrá evitar las terribles consecuencias de nuevos conflictos generalizados. En este sentido, los últimos Papas, desde Pablo VI, continúan conmemorando el 1^o de enero el día universal de oraciones y manifestaciones por la paz.

Retomando ahora el tema de nuestra Conferencia, puede parecer que, en la situación del mundo actual en que vivimos, hablar de paz desde la *Regla de San Benito* y buscando en ella los fundamentos de una doctrina, o por lo menos de una experiencia de la paz vivida por

¹ Nació en Campinas, SP, (Brasil), el 28-07-1924. En 1945 ingresó en el Monasterio de San Benito, de San Pablo, donde profesó (1948) y fue ordenado sacerdote (1950). Se doctoró en Filosofía en el Instituto San Anselmo de Roma (1955). Fue nombrado Prior de su monasterio desde 1969, y elegido Abad en 1974, cargo que ejerció hasta 1989. Predicó retiros y cursos sobre Espiritualidad Monástica en muchos monasterios de la Congregación Benedictina de Brasil, que lo eligió Abad Presidente en 1996, cargo que ocupó hasta 2002. Actualmente reside en el monasterio de San Benito, de Vinhedo, donde enseña a los formandos.

² Textos de la *RB* donde la *pax* es mencionada explícitamente: *Pról.* 14-17; Caps. 4,25; 4,73; 34,4-5; 53,3-4; 63,4; 65,11.

³ Conferencia pronunciada en el X^o Encuentro Monástico Latinoamericano (EMLA) realizado en Belo Horizonte, del 6 al 13 de noviembre de 2006.

el santo Legislador en su comunidad de monjes, puede parecer una mera actividad literaria o un esfuerzo aún bastante ingenuo.

En esta época de terribles recelos, de conflictos y guerras futuras, innumerables voces, tanto de la autoridad de la Iglesia como de competentes profesores y técnicos de las ciencias históricas y sociales, están insistiendo acerca de la importante presencia de la tradición evangelizadora y cultural benedictina en Europa. Importancia esta no sólo referente a los testimonios de una rica historia pasada, desde el inicio del Medioevo, sino también, y sobre todo, de una actual presencia de las mismas comunidades monásticas benedictinas, como fuentes de una verdadera cultura de la paz.

Tales afirmaciones pueden parecer extrañas y aún poco aceptables para aquellos que, conociendo poco la vida benedictina, consideran sus comunidades y su forma de vida como ejemplos de actitudes alienadas y ultra pasadas, ante las urgencias pastorales y los valores de un cristianismo comprometido con el mundo de hoy.

Ante de estos múltiples testimonios, tanto los positivos como también los negativos, nos ha parecido oportuno, en nuestro trabajo sobre la paz en la *Regla de San Benito*, no encaminar nuestra pesquisa primeramente hacia el texto de la misma *Regla*, sino hacia un análisis de algunos textos testimoniales, en los cuales se podrán identificar los elementos, características y valores de aquella mencionada tradición benedictina, señalada como causa de una verdadera e influyente cultura de la paz, en la historia de los diversos países de Europa.

Y como esta misma cultura benedictina de paz es mencionada como un valor indispensable en los tiempos de hoy, cabe a nosotros, monjas y monjes benedictinos, interrogarnos si estamos en verdad conscientes de la responsabilidad que pesa sobre nosotros y si, de hecho, aceptamos los elogios que nos son dirigidos.

Responsabilidad, primeramente, porque somos vistos, hoy, como herederos y portadores, por así decir, oficiales, de las riquezas presentes en la *Regla* y en la vida que de ella se deriva, consideradas como fuente de una verdadera cultura de paz. ¿Estamos realmente convencidos de esta, nuestra identidad? Y podemos aún agregar: ¿estamos convencidos, además, de que nuestra *Regla* sea la fuente de esta cultura de la paz?

En segundo lugar, ¿nos sentimos también responsables por estar invitados a vivir esta misma tradición benedictina y ser, de hecho, verdaderos “constructores de la paz”, pudiendo utilizar, con más autenticidad, el lema de la “PAX”, tan frecuente en nuestros monasterios?

Algunos textos que testimonian la acción benedictina evangelizadora y constructora de la Paz

1. Puebla: Un testimonio de los Obispos de América Latina

Nuestro primer texto-testimonio, aunque no sea directamente del Papa, para nosotros, los de América Latina, representa una de las más significativas orientaciones eclesíásticas, con la aprobación del entonces recién elegido Juan Pablo II, y podemos decir, a la sombra del Documento base de toda la evangelización de la Iglesia, la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* del Papa Pablo VI.

Este texto, quizá recordado por pocos, manifiesta el valor fundamental y prioritario de la vida de una comunidad como verdadera acción evangelizadora. Refiriéndose a la necesidad de los modelos en la pedagogía de la encarnación, se refiere entonces, en la nota 101, a la excepcional importancia, para la vida social en el Medioevo, de las comunidades monásticas fundadas por san Benito.

El texto de Puebla dice así:

“La Iglesia evangeliza, en primer lugar, mediante el testimonio global de su vida. Así, en fidelidad a su condición de sacramento, trata de ser más y más signo transparente o modelo vivo de la comunión de amor en Cristo que anuncia y se esfuerza por realizar. La pedagogía de la encarnación nos enseña que los hombres necesitan modelos preclaros que los guíen*” (Documento de Puebla, 272).

*[Nota al pie:] “Se dice que el hecho de mayor relevancia política de la Edad Media fue la fundación de los monjes benedictinos, porque su forma de vida comunitaria se convirtió en el gran modelo de organización social de la Europa naciente”.

“Cada comunidad eclesial debería esforzarse por constituir para el Continente un ejemplo del modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerce con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad. Y sobre todo, donde inequívocamente se manifieste que sin una radical comunión con Dios en Jesucristo, cualquier otra forma de comunión puramente humana acaba volviéndose incapaz de sustentarse y termina fatalmente volviéndose contra el mismo hombre” (Documento de Puebla, 273).

2. Testimonio reciente de Benito XVI

a) La primera audiencia general de Benito XVI después de su elección, el 27 de abril 2005: Aunque no se refiera propiamente a la obra de la paz, ya en esta primera alocución a los fieles reunidos para el *Angelus*, el nuevo Papa explica la razón por la cual eligió el nombre de su patrono, refiriéndose a su influencia en la obra civilizadora en muchos países de Europa.

«Quise llamarme Benito XVI para unirme idealmente con el venerado pontífice Benito XV, que guió a la Iglesia en un período difícil con ocasión del primer conflicto mundial. Fue auténtico profeta de paz y trabajó con gran valentía para evitar el drama de la guerra y, después, para limitar sus nefastas consecuencias. Siguiendo su ejemplo, deseo colocar mi ministerio al servicio de la reconciliación y de la armonía entre los hombres y los pueblos, con el profundo convencimiento de que el gran bien de la paz es sobre todo un don de Dios, frágil y precioso, que tenemos que implorar, defender y construir todos los días con la colaboración de todos.

El nombre Benito evoca, también, la extraordinaria figura del gran “patriarca del monacato occidental”, San Benito de Nursia, patrono de Europa junto con los santos Cirilo y Metodio. La progresiva expansión de la Orden benedictina por él fundada **ejerció un influjo enorme en la difusión del cristianismo en todo el continente**. Por esto, san Benito es sumamente venerado en Alemania y, en particular, en Baviera, mi tierra de origen; constituye un punto fundamental de referencia para la unidad de Europa y un fuerte recuerdo de las irrenunciables raíces cristianas de su cultura y de su civilización.

De este padre del monacato occidental conocemos el consejo dejado a los monjes en su *Regla: No anteponer nada al amor de Cristo (RB 4)*. Al iniciar mi servicio como sucesor de Pedro, pido a san Benito que nos ayude a mantener con firmeza a Cristo en el centro de nuestra existencia. Que en nuestros pensamientos y en todas nuestras actividades siempre esté Él en primer lugar!».

b) El mensaje sobre la paz para el Día 1º de enero de 2006: Los mismos motivos son nuevamente mencionados en el importante documento de Benito XVI, su mensaje de paz, donde agregó una explícita mención de San Benito como “Patrono de Europa e inspirador de una civilización pacificadora”.

“Es en la línea de tan noble enseñanza (la de sus antecesores) donde se sitúa mi primer mensaje para el Día Mundial de la Paz: a través de él, deseo una vez más, reiterar la firme voluntad de la Santa Sede de continuar al servicio de la causa de la paz.

El nombre mismo de Benedictus, que adopté el día en que fui elegido para la Cátedra de Pedro, quiere indicar mi firme decisión de trabajar por la paz. En efecto, con él, he querido hacer referencia, tanto al Santo Patrono de Europa, **inspirador de una civilización pacificadora** de todo el Continente, como al Papa Benedictus XV, que condenó la I Guerra Mundial como una “matanza inútil” y se esforzó para que todos reconocieran las razones superiores de la paz”.

Mencionando a san Benito como inspirador de una civilización pacificadora, y refiriéndose al Papa Benito XV, tal vez el Papa actual, Benito XVI desconociere las palabras

con las que el **propio Benito XV** explicaba, a su vez, de modo bastante semejante, el motivo por el cual eligiera San Benito como patrono de su pontificado.

En 1914 había comenzado la entonces llamada “Gran Guerra”. El 21 de septiembre del mismo año, al recibir en audiencia al Abad Primado, Don Fidelis von Stotzingern, Benito XV le dice:

“Con la guerra que acaba de iniciarse, está empezando un tiempo nuevo. El mundo en que nacimos está por terminar. Vendrá un nuevo y total reajuste político, económico, filosófico. Una ruptura análoga a aquella de la época de San Benito, en la cual, de la ruina del mundo antiguo nació el Medioevo cristiano. Por esta razón, en el oficio de Papa, he adoptado el nombre de Benito para poder orientar el nuevo tiempo que se inicia, del mismo modo que San Benito orientó hacia Dios los albores del Medioevo⁴.”

No deja de ser bastante significativa esta coincidencia entre los dos últimos Papas que llevan el nombre de San Benito; ambos justificaron con palabras bastante semejantes la elección del mismo Patrono para sus pontificados.

3. *El extraordinario testimonio de Pablo VI*

Si las palabras de Benito XVI ya fueron tan significativas para el reconocimiento de San Benito como inspirador de la Paz en el continente europeo, con mayor claridad y, podríamos decir, con admiración y profundidad, encontramos las mismas afirmaciones en diversos documentos de Papa Paulo VI. De entre esos, escogeremos tres que juzgamos serán bastantes significativos.

a) **Pablo VI - 1º. Documento:** Discurso después de la **Consagración de la Basílica de Monte Casino el día 24 de octubre de 1964**. Así se expresaba el Papa Pablo VI, uniendo de modo tan bello la figura de san Benito al tema de la paz:

«¡Qué saludo darles sino el acostumbrado en la piedad cristiana, el que parece tener aquí su expresión más verdadera y familiar: “Paz a esta casa y a todos los que en ella habitan”.

Aquí encontramos la paz como óptimo don de nuestro ministerio apostólico. Aquí celebramos la paz, como luz que ha reaparecido, tras el torbellino de la guerra, que había extinguido su llama piadosa y benéfica.

Paz a vosotros, hijos de san Benito, que hacéis de tan elevado y suave nombre el emblema de vuestros monasterios, la escribís sobre las paredes de vuestras celdas y a lo largo de los muros de vuestros claustros, y sobre todo, la imprimís como ley suave y fuerte en vuestro espíritu y la dejáis transpirar como sublime estilo espiritual en la elegante gravedad de vuestros gestos y de vuestras personas. (...)

Bienaventurados los pacíficos –dice Cristo Señor nuestro–, *porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9)*. (...)

De esta forma celebramos la paz. Queremos simbólicamente señalar aquí el epílogo de la guerra. Quiera Dios que sea de todas las guerras. Queremos convertir aquí *las espadas en picos y las lanzas en hoces (Is 2,4)*, es decir, las inmensas energías empleadas por las armas en matar y destruir, en volver a vivificar y reconstruir. Y para llegar a tanto queremos regenerar aquí en el perdón la hermandad de todos los hombres, abdicar aquí la mentalidad que con el odio, el orgullo y la envidia prepara la guerra y sustituirla por el propósito y la esperanza de la concordia y de la colaboración. Desposar aquí a la paz cristiana con la libertad y el amor. Que la antorcha de la fraternidad tenga siempre en Monte Casino su llama más piadosa y ardiente... (...)

Vida monástica y mundo moderno

Y ahora, hermanos e hijos, nuestro discurso quisiera ser una apología del ideal benedictino. Pero suponemos que cuantos nos rodean ya están informados de la sabiduría que

⁴ Cf. *Benedictina* 1 (1947) 5 y García M. COLOMBÁS, *La Tradición Benedictina*, Ed. Monte Casino, Zamora, 2001. Tomo noveno. El siglo XX, p. 29.

anima la vida benedictina, y que aquellos que la profesan conocen a fondo sus íntimas riquezas, y con ellas nutren sus severas y gentiles virtudes. Nos mismo las hemos hecho objeto de largas reflexiones; pero nos parecería superfluo y casi presuntuoso traducirlas ahora en palabras. Descubran otros el encantador secreto de este género de vida que todavía vive y florece aquí.

Nos es dado ahora ser portadores de otro testimonio, que no se refiere a la índole de la vida monástica; lo expresamos con un sencillo enunciado: la Iglesia tiene necesidad hoy también de esta forma de vida religiosa; el mundo de hoy también tiene necesidad de ella. Nos abstenemos de aportar las pruebas que, por lo demás, todos las ven surgir de nuestra sola afirmación: Sí, la Iglesia y el mundo, por diferentes pero convergentes razones, necesitan que San Benito salga de la comunidad eclesial y social y se circunde de su recinto de soledad y silencio, y desde allí nos haga oír el encantador acento de su pacífica y absorta oración, desde allí nos atraiga y nos llame a sus claustros, para ofrecernos el cuadro de una oficina “del servicio divino”, de una pequeña sociedad ideal, donde finalmente reina el amor, la obediencia, la inocencia, la libertad de las cosas y el arte de su buen uso, la superioridad del espíritu, la paz. En una palabra, el Evangelio.

Que san Benito vuelva para ayudarnos a recuperar la vida personal; esa vida personal por la que hoy sentimos deseo y afán, que el progreso de la vida moderna, a la que se debe el deseo exasperado de ser nosotros mismos, sofoca en cuanto se despierta, desilusiona en cuanto se torna consciente.

Esta sed de verdadera vida personal presta actualidad al ideal monástico. (...)

La recuperación del Hombre

Hoy no es la carencia sino la exuberancia de la vida social lo que incita a este mismo refugio. La excitación, el barullo, la ansiedad, la exterioridad, la multitud, amenazan la interioridad del hombre. Le falta el silencio (...), le **falta la paz**, le falta él mismo. Para recuperar el dominio y el gozo espiritual de sí mismo, él tiene necesidad de restaurarse en el claustro benedictino.

Si el hombre, se recupera para sí mismo en la disciplina monástica, se recupera para la Iglesia. El monje tiene un puesto de privilegio en el Cuerpo Místico de Cristo, una función providencial y urgente como nunca. (...)

No diremos ahora nada de la función que el monje, el hombre que se ha reencontrado a sí mismo, puede tener no sólo con relación a la Iglesia, como decíamos, sino también con respecto al mundo; al mismo mundo que él ha dejado, y al que permanece unido en virtud de nuevas relaciones, que su propio alejamiento viene a crear en él: oposición, estupor, ejemplo, posible confianza y diálogo secreto, fraternal complementariedad. Digamos solamente que esta complementariedad existe y asume una importancia mucho mayor cuanto más grande es la necesidad que el mundo tiene de los valores conservados en el monasterio; y los tiene no como si se los hubieran arrebatado, sino como si se los conservaran para él, y para él se los presentaran y se los ofrecieran.

Fe y unidad

Vosotros, los benedictinos, lo sabéis por vuestra propia historia especialmente, y el mundo lo sabrá cuando recuerde lo que os debe y lo que todavía puede conseguir de vosotros. El hecho es tan grande e importante que toca la existencia y consistencia de nuestra antigua y siempre viva sociedad, aunque hoy tan necesitada de extraer savia nueva de las raíces donde encontró su vigor y esplendor, las raíces cristianas que San Benito en gran parte le proporcionó y alimentó con su espíritu. Es un hecho tan hermoso que merece memoria, culto y confianza. No porque haya que pensar en un Medioevo caracterizado por la actividad dominante de la abadía benedictina; en el presente es bien diferente el aspecto que le dan a nuestra sociedad sus centros culturales, industriales, sociales y deportivos. Existen dos motivos que hacen desear, todavía hoy la austera y delicada presencia de san Benito entre nosotros: la fe que él y su Orden predicaron en la familia de los pueblos, especialmente en la llamada Europa; la fe cristiana, la religión de nuestra civilización, la de la Santa Iglesia, Madre y Maestra de las naciones. Y la unidad, en la que el gran monje solitario y social nos educó hermanos, y por la cual Europa se tornó cristiana.

Fe y unidad. ¿Qué cosa mejor podemos pedir, desear e implorar para el mundo entero, y de modo particular para la selecta porción, que, repetimos, se llama Europa? ¿Qué cosa más moderna y más urgente? Y ¿qué cosa más difícil y atacada? ¿Qué cosa más necesaria y más útil para la paz?

Para que a los hombres de hoy, a aquellos que pueden actuar y a aquellos que sólo pueden desear que les sea intangible y sagrado el ideal de la unidad espiritual de Europa, y no

les falte el auxilio de lo alto para realizarlo en organizaciones prácticas y oportunas, para tal objetivo, quisimos proclamar a San Benito patrono y protector de Europa».

b) **Pablo VI - 2º Documento:** No podríamos dejar de presentar ahora algunos párrafos del documento de Papa Paulo VI, el muy bello texto de la **Carta Apostólica declarando a san Benito Patrono Principal de Europa.**

«Con mucha razón se alaba a san Benito como misionero de la paz, formador de la unidad, maestro de la cultura, y principalmente como gran promotor de la vida cristiana y organizador de la vida monástica occidental.

En tiempos en que el Imperio Romano se precipitaba a su ruina, desgastado por su envejecimiento, cuando algunas naciones de Europa andaban todavía envueltas en tinieblas, mientras otras gozaban de una situación más privilegiada, así como de los bienes espirituales, el santo con el ingente esfuerzo de su incansable virtud, logró que brillase una nueva aurora en el mismo continente.

Sirviéndose de la cruz, de las letras y del arado, y especialmente por sí mismo y por sus hijos trajo la civilización cristiana a los pueblos que habitaban desde el mar Mediterráneo hasta las regiones escandinavas y desde Irlanda hasta las tierras de Polonia.

Por medio de la cruz, esto es, por la ley de Jesucristo reafirmó y aumentó las buenas costumbres en la vida pública y privada. Es oportuno recordar que mediante la “Obra de Dios”, esto es, por su manera particular y asidua de rezar, enseñó que el culto divino era de suma importancia en la sociedad humana. De ese modo formó la unidad espiritual de Europa por la cual creó el sentimiento de un único Pueblo de Dios en naciones diferentes por su lengua, por su raza y por su manera propia de ser. Esta unidad, con el decidido apoyo de los monjes, discípulos de la escuela de tan gran Padre, se convirtió en la característica propia de lo que hoy llamamos “Edad Media”. Unidad que como dice San Agustín es “el alma de toda la belleza”, y que desgarrada más tarde por las vicisitudes de los tiempos, se esfuerzan por restituir nuevamente en nuestros días cuantos están dotados de buena voluntad».

c) **Pablo VI - 3º Documento:** Alocución a los Abades de la Confederación Benedictina (30/11/1966).

«Misión apostólica de la oración y la vida ascética

En verdad, de este modo, con razón se reconoce vuestra misión apostólica que no nace únicamente de algunas de las obras más propias de vuestra vocación, ya se refieran al servicio pastoral o a la cultura. Plácenos recordar aquí de modo especial el lema tan extraordinario *Ora et labora* de los monjes benedictinos, así como los colegios y las misiones confiados a vuestra dirección. Vuestra misión apostólica nace sobre todo de aquellas otras por las que única y primordialmente vosotros os consagráis a la oración y a la práctica de la vida ascética.

Realmente, en un mundo como el nuestro, que desconoce a Dios, que está separado de Dios, que desprecia a Dios o que llega a negar su existencia, vosotros, viviendo en la oscuridad una vida llena de paz, permanecéis firmes en vuestros monasterios, llenos de austeridad por un lado y por otro de urbanidad, atrayendo así a los hombres como por una especie de sagrada y oculta fascinación.

Os apoyáis en vuestra *Regla*, que tiene estas palabras: “Creemos que Dios está presente en todas partes”⁵. Y así vuestra presencia viene a ser como un signo indicador de la presencia de Dios entre los hombres. Cantáis vosotros, ¿quién os escucha? Celebráis los ritos sagrados, ¿quién os dirige su atención? Parece que no sois bien comprendidos ni estimados por los hombres y que la soledad de vuestra vida causa depresión.

Pero no es así. Hay quien sí se da cuenta de que vosotros habéis encendido un fuego. Hay quien comprende que de vuestros claustros se irradia luz y calor. Hay quien se detiene, mira y medita. Vosotros eleváis el pensamiento de los hombres de este tiempo hacia lo alto. Los introducís, por una iniciación, en la práctica de la meditación, que frecuentemente los lleva a la salvación o a recuperar nuevas fuerzas.

Pero todo eso lo podréis hacer únicamente con una condición: que vuestra vida, en cuanto vida monástica, sea perfecta en todos sus aspectos. Perfecta en el modo de vivirla según determina, prudentemente, vuestra antigua *Regla* delineada por san Benito. Perfecta por la presencia de las virtudes morales y especialmente de su gravedad (como en el P. Herwegen); perfecta en la bondad de ánimo (como en el P. Rigeland), nota que parece ser la

⁵ *RB*, cap. 19.

característica de vuestro Legislador, austero y al mismo tiempo humano; perfecta sobre todo en el cultivo la piedad religiosa (como en el P. Marmion) que tanto reclamaba preferir siempre el amor de Cristo a las demás cosas, como está escrito en vuestra *Regla*: “No anteponer nada al amor de Cristo” (RB 4). Finalmente, perfecta en vuestra fidelidad a la santa Iglesia (como el amadísimo cardenal Schuster)».

4. Otro texto-testimonio

Después de los textos-testimonios de los últimos Papas, no podríamos dejar de citar todavía un testimonio de un laico historiador, fundador de una pequeña comunidad de jóvenes cristianos idealistas que se ha reunido para procurar vivir el Evangelio en los tiempos actuales, con autenticidad y discerniendo juntos prioridades del Reino en la comunidad eclesial. Hoy esta Comunidad se encuentra presente en centenas de países de todo el mundo, con millares de participantes. Son convocados por los propios Gobiernos para ser instrumentos de diálogo y realizadores de la paz entre naciones y entre grupos o facciones en luchas ideológicas o guerras civiles.

Andrea Riccardi, de la **Comunidad de San Egidio** (Roma), comenta así la elección del patrocinio de San Benito (*L'Osservatore Romano*, 30/04/05, o *Presencia de Singeverga*, n. 71, pp. 6-8):

El nombre de Benito no deja de remitir, ante todo, al gran regulador del monacato occidental, personaje de contornos históricos desvanecidos, mas gran referencia para el monacato y para la historia de la Iglesia y de la civilización europea. En tiempos de grandes crisis (las invasiones bárbaras de las cuales habla Gregorio Magno, biógrafo de Benito), los hijos e hijas de este Santo constituyeron comunidades cristianas que vivieron con seriedad el Evangelio y su radicalidad, y tenían el corazón en la liturgia. El movimiento benedictino realizó un movimiento de comunidades cristianas que eran auténticas y que por esta razón se volvieron islas de humanidad en un mundo difícil, al cual humanizaron, y crearon una comunión profunda, desde la fe, entre los diferentes pueblos europeos.

El nombre de Benito en la historia de Europa y de la Iglesia muestra la profundidad del rasgo impreso en la historia de un auténtico cristianismo vivido, no sin consecuencias para la sociedad; cristianismo que fue creador de cultura y civilización. El Santo de Nursia, “sabiamente ignorante y prudentemente indocto”, según Gregorio Magno, representó la referencia para el proceso de elaboración de la *Regula Benedicti*, el texto normativo, permeado por la Sagrada Escritura, experiencia y sabiduría monástica que formó auténticas comunidades de monjes a lo largo de los siglos. Fueron los monjes “del fortísimo género de los cenobitas” –como dice la *Regla* en el primer capítulo– quienes, siendo cristianos y monjes, han construido un eje decisivo para Europa. Han sido esos “grandes creyentes que nacieron de una comunidad pequeña o grande, pero que tienen su fuente en la liturgia. Así Benito como Abrahán, se han tornado padres de muchos pueblos –dijo recientemente el Cardenal Ratzinger.

En conclusión, podemos decir que esta síntesis de algunos textos de los Papas que más claramente se han referido a la paz de San Benito, aunque sea de veras testimonio objetivo y comprobado de una verdadera tradición de paz del monacato benedictino, no coloca un punto final, sino que conlleva una exigente interrogación para nosotros, los benedictinos de hoy. Pienso que hay por lo menos dos interrogantes a los que deberemos esforzarnos por responder.

Primeramente, se nos presenta esta cuestión: Si creemos que son verdaderas tantas y tan bellas declaraciones de nuestros Pastores, ¿podemos estar realmente seguros de que todos nosotros, monjas y monjes benedictinos de hoy, estamos siendo fieles a esta misión evangelizadora de la paz, que tanto se espera de nosotros, en todas las formas de nuestro modo actual de vivir monástico?

El segundo interrogante, íntimamente relacionado con el primero, puede explicitarse así: considerando nuestra propia experiencia personal y comunitaria, vivida concretamente en nuestros monasterios, ¿en qué criterios, o en qué valores podremos nosotros apoyarnos para

llegar a un discernimiento que nos permita juzgar si realmente nuestras comunidades continúan siendo una Escuela de Servicio del Señor, y por tanto, formadoras de mensajeros de la paz de Cristo?

La búsqueda de respuestas a nuestro primer interrogante nos forzaría, sin duda, a profundizar el significado, el sentido y, podríamos decir, la identidad de esta verdadera paz que los Papas esperan de nosotros. Si nosotros mismos no estamos seguros de la realidad de esa paz que San Benito desea que esté presente en la comunidad, cuando dice, por ejemplo: "...y así, todos estarán en paz" (*RB* 34,5); o mejor aún, cuando se refiere a la vocación del monje como aquél que busca la paz:

«El Señor, buscando un obrero entre la multitud, vuelve a decir: "¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea gozar días felices?" (*Sal* 33,13). Si tú, oyéndolo, respondes: "Yo", el Señor te dice: "Si quieres poseer la vida verdadera y eterna, guarda tu lengua del mal, tus labios de palabras engañosas; apártate del mal y haz el bien, busca la paz y corre tras ella" (*Sal* 33,14.15)».

¿Cómo podemos trabajar y esforzarnos para poder construir y vivir juntos esta Paz benedictina?

Además de esto, si hablamos de paz benedictina, paz de San Benito, ¿no deberíamos buscar primeramente cuál es el significado y el contenido propio de la paz que Cristo vino a traer al mundo, llevando a su perfección el *shalom* del AT?

Pensamos que no se trata de presentar aquí una exposición bíblica exegética del concepto de la paz. Innumerables Diccionarios y Vocabularios bíblicos ya lo han hecho. Creemos que condice más con nuestra exposición recordar simplemente algunos de los rasgos más importantes de la experiencia de la revelación progresiva de la paz, dentro de la historia del propio Pueblo de Dios en el AT.

Raíces bíblicas de la paz

Habiendo recogido tantos y tan significativos testimonios sobre la realidad histórica de la acción evangelizadora de Benito, a través de sus hijos e hijas, educados por su *Regla* y por la propia experiencia monástica transmitida a través de los siglos, somos conducidos a reconocer que la paz es, a la vez, fruto y causa de esa acción evangelizadora. Esta paz puede ser llamada "benedictina" una vez que aparece en la *Regla* de nuestro santo Padre como misterio, es decir, don de amor del Padre y realización en Cristo de aquella otra paz que es fruto de la acción de los hombres y parte integrante de sus esperanzas hacia la construcción de cualquier sociedad humana ideal.

La *pax* benedictina, que es la paz de Cristo, antes que proyecto y praxis de una acción humana, por más necesaria que ella sea, es don de Dios, es fruto del amor de la Alianza como respuesta de Dios al grito de un pueblo sufrido y esclavo.

Se puede decir que todo el AT nos revela la profundidad de este grito que brota de los labios y del corazón de los hombres. Todos la buscan, aunque ignorando cuál sea la paz verdadera, pues son numerosos los falsos profetas, los que anuncian caminos mentirosos para una falsa paz.

La esperanza que nace en el corazón del primer hombre pecador al oír la promesa de una futura pacificación, permanece cada vez más fuerte, al paso que la misericordia de Dios la va renovando con nuevas y misteriosas promesas.

Con el transcurrir de los tiempos y a través de los meandros misteriosos de la historia, un pueblo, casi perdido en medio de una naturaleza violenta, y terribles agresiones de sus vecinos, va tomando lentamente conciencia de haber sido llamado, elegido por su Dios para ser objeto de sus favores, de una vida sin privaciones, sin injusticias, y sobre todo sin guerras.

Este futuro de tranquilidad que va a ser deseado como "paz", va siendo esperado como obra de un enviado santo de Dios, el verdadero Pacificador y por esto mismo, el Esperado. El ansia por esa paz así prometida ha suscitado entonces la esperanza firme y

segura por una paz definitiva: la paz mesiánica (Ez 34,25-26): ²⁵*Yo estableceré para ellos una alianza de Paz y haré desaparecer del país las bestias feroces. Ellos habitarán seguros en el desierto y dormirán tranquilos en los bosques.* ²⁶*Haré que ellos y los alrededores de mi colina sean una bendición y haré caer la lluvia a su debido tiempo, una lluvia de bendición.*

Ella no será fruto de acción ingeniosa de los hombres, que jamás han logrado realizarla, sino don del Altísimo, del Dios que se presenta él mismo como paz. Y ella será obra de su Enviado, el Príncipe de la Paz (Is 9,5): *Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. La soberanía reposa sobre sus hombros, y se le da por nombre: Consejero admirable, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de la Paz.*

Jesús se presentará como el portador de esta paz, paz para el mundo, paz para los hombres, pues su Reino que con él se hace presente, es el Reino de la paz, Él la concede a todos los que están dispuestos a acogerla. No será como la paz del “mundo”, sino aquella que es particularmente suya, es decir, algo que hace parte de su propia vida. *Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman! (Jn 14,27).*

Este fue el don que Cristo dejó a sus discípulos, exactamente al terminar sus palabras de despedida en la última Cena: *Les digo esto para que encuentren la paz en mí. En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo (Jn 16,33).*

Pero el don de la paz no puede ser concedido a cualquiera. Si es un don gratuito del amor del Padre y del Hijo, él, el propio don del Espíritu de amor, sólo puede entrar en los corazones que aceptan ser purificados de los vicios que aprisionan y dividen a los hombres: el orgullo, la vanidad, la autosuficiencia, la envidia, la mentira, la falsedad, la injusticia. Todo lo que impide o destruye la paz.

La Escritura, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento nos certifican que los dones de Dios, aún siendo gratuitos, forman parte del pacto de la Alianza, a través del cual Dios se revela y promete comunicar a los hombres su amor (su vida). Pero la alianza exige siempre una reciprocidad en el amor. Si hay reconocimiento de lo que es prometido como don, debe haber también una respuesta, expresión de este reconocimiento en forma de fidelidad u obediencia a las exigencias de las promesas (los “mandamientos” del amor). De esta forma, el acto de recibir, de acoger el don del amor divino, es también un acto de obediencia que sólo puede ser verdadero en cuanto expresión del amor a la persona del Dador. Y como fruto de esta divina y humana reciprocidad, bien característica del misterio de la Alianza, se vuelven presentes los dones divinos, objeto de las promesas.

Con mucha razón, por lo tanto, la revelación del AT identifica esta relación de amor entre Dios y los hombres como una Alianza de paz (Ez 37,26: *Estableceré para ellos una alianza de paz, que será para ellos una alianza eterna.*)

Aunque las montañas oscilaran y las colinas se abajaran, jamás mi amor te abandonará y jamás mi pacto de paz vacilará, dice el Señor que se ha compadecido de ti (Is 54,10).

Josué les concedió la paz e hizo con ellos una alianza que les aseguraba la vida, y los principales de la asamblea la confirmaron con un juramento (Jos 9,15).

Mas esta acogida supone la exclusión de todo lo que cierra el corazón del hombre, como fue dicho arriba, para que pueda también él expresar el don, la gratuidad de la propia entrega de sí. Misteriosa, pero admirable reciprocidad de una alianza de amor.

Conociendo bien todo lo que llevamos dentro de nosotros –y que se constituye frecuentemente en un indeseado aunque poderoso motivador de nuestro actuar–, deseamos sinceramente la paz y lo que la construye, todo lo que es bueno y verdadero, como afirma el apóstol San Pablo, pero muchas veces acabamos haciendo lo que no queremos: recusamos la paz. *No entiendo absolutamente, lo que hago, pues no hago lo que quiero; hago lo que aborrezco (Rm 7,15).*

Tórnase entonces exigencia de nuestra verdad reconocer que podemos poner en peligro, vaciar y anular este don de la paz, que nos es concedido, como fue dicho: *¡Ah! Si hubieras comprendido en este día el mensaje de paz! Pero ahora está oculto a tus ojos. Vendrán días desastrosos para ti, en que tus enemigos te cercarán con empalizadas, ti sitiaron y te atacarán por todas partes. Te arrasarán junto con tus hijos, que están dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has sabido reconocer el tiempo en que fuiste visitada por Dios. (Lc 19,41-44).*

Por eso, debemos decir con corazón contrito: Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia de nosotros. Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, danos la paz.

Vivir esta paz, hacerla presente entre nosotros, anunciarla a los que la desconocen, es la exigencia fundamental de la fidelidad de los discípulos de Cristo. Él les dice otra vez: *La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió, así yo también los envío a ustedes (Jn 20,21). En cualquier casa donde entren, digan primero: "Paz a esta casa". Y si hay allí un hijo de la paz, esa paz reposará sobre él; si no, volverá a ustedes (Lc 10,3-6). Vivan en paz unos con los otros (Mc 9,50). Bienaventurados los constructores de la paz, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5,9).*

Vemos así que anunciar la paz es anunciar la llegada del Reino Mesianico, como dice el mismo Jesucristo: *El Reino de Dios está en medio de ustedes.*

La misión de evangelizar, anunciar a Jesús y su obra, anunciar la llegada del Reino, siempre fue entendida por la Iglesia también como el anuncio y la necesidad de construir la comunidad cristiana como una comunidad de paz.

Aspectos de la Paz en el NT

Se puede afirmar, según una habitual interpretación exegética, que el significado central y más común del término *eirene* en el NT es aquel que lo relaciona con el don total, definitivo y supremo que Dios concede a los hombres a través de Jesucristo. En razón de esto, Dios y Jesucristo aparecen nombrados con expresiones semejantes: *el Dios de la paz (Rm 15,33; Nm 13,20); el Señor de la paz (2 Ts 3,14)*. Más propiamente aún, se dice de Cristo con cierta referencia a *Mq 5,4: Porque Cristo –en efecto– es nuestra paz (Ef 2,14)*; y en el mismo contexto, se dice que él “obra o restablece la paz” (cf. *Ef 2,15*) y que trajo *la buena noticia de la paz (Ef 2,17)*.

La paz, fuerza y poder de Dios

Los textos citados son suficientes para revelar el carácter por así decir de “plenitud” de paz en todo el NT, es decir: ésta no se sitúa en el nivel político o exterior. En este nivel se afirma que la lucha prosigue con el tiempo (*Mt 10,34*).

Cristo nos asegura que “su paz” no aleja la tribulación que los suyos encontrarán en el mundo. Sino que solamente en Él hallarán la paz (*Jn 16,33*). Esta paz –que no se encuentra en el mundo–, da certeza de la salvación perfecta. y es capaz de unir cielo y tierra (*Lc 2,14; 19,38*).

Pronunciada por Jesús, la palabra paz se reviste aún de un significado de extraordinaria eficacia, en la misma salutación: *Vete en paz* (a la mujer curada, *Mc 5,34*; a la pecadora *Lc 7,50*) y *la paz esté con ustedes* (a los discípulos, después de la Resurrección, *Lc 24,36; Jn 20,19.26*). Es importante notar que la misma fuerza de anuncio y de comunicación se encuentra en la idéntica salutación con que los discípulos imitan a Jesús en sus ministerios (*Mt 10,13; Lc 10,5-6*). No se trata de un simple deseo o saludo social, sino en verdad de la proclamación y ofrecimiento de los bienes relacionados con la paz mesianica. Para Jesús, esta paz es algo tan objetivo y concreto que iba a permanecer en aquellos dispuestos a acogerla; y, al contrario, ella volverá al discípulo, en caso de ser recusada (*Mt 10,3; Lc 10,5-6*).

Esta paz evangélica es la paz que *supera todo razonamiento* y que *cuidará los corazones y las mentes de los fieles, conservándolos en Cristo Jesús (Flp 4,7)*. Esta paz, según San Pablo, está asociada significativamente a la propia “vida”, en cuanto es salvación

realizada, que aleja la “muerte” (*Rm 8,6*). Esta vida proviene del Espíritu, como está afirmado en las conclusiones de diversas cartas.

La eficiencia dinámica y vital de esta paz que es también gracia poderosa de Dios, a través de Cristo, se manifiesta como destrucción del pecado y comunicación de la “justicia” de Dios. Esta justificación coloca el hombre en estado de *paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo* (*Rm 5,1*). No se trata, aquí también de una situación estática, sino de energía espiritual comunicándose en una progresión de don y de vida, de la fe a la esperanza y a la caridad a través del Espíritu Santo que nos fue dado (cf. *Rm 5,5*).

Otra dimensión dinámica de la paz en el *NT* aparece en el proceso de la reconciliación. Así como la obra destructora del pecado no solamente alteraba la relación de los hombres con Dios, sino también sus relaciones mutuas (de unos hacia otros), así también la remoción del pecado no sólo reconcilia a los hombres con Dios, sino que también, por la obra de Cristo, reconcilia a los hombres entre sí, dándoles la paz con Dios y con los hombres, formando uno único hombre nuevo (cf. *Rm 5,10*; *2 Co 5,18*; *Ef 2,11-18*; *Col 1,20-22*).

Pero no se puede olvidar, recordando la dimensión de Alianza extendida a toda la obra de la Salvación, que el misterio de la reconciliación, confiado a los discípulos, supone siempre la colaboración, es decir, la correspondencia de aquellos que deben ser reconciliados (*2 Co 5,18-20*); y esto tanto en lo que se refiere a Dios como a la comunidad. Y esta obra debe perdurar a través de aquella actitud que también es impulso dinámico y que San Pablo llama *solicitud para conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz* (*Ef 4,3*).

La misma doctrina sobre la “unidad del Espíritu” se encuentra en *Ga 5,22*, donde el Apóstol claramente revela que la propia paz interior del cristiano no es un bien meramente intrínseco a cada uno, sino que es portador de verdadera e integral comunión fraterna. Por tanto, se debe concluir que el cristiano no es sólo alguien que se alegra y se complace con el don divino de la paz, sino que debe ser también su promotor y “operador”.

La sabiduría que viene de lo alto es, ante todo, pura; y además, pacífica, modesta, indulgente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial, sin hipocresía. El fruto de la justicia se siembra en la paz para aquellos que obran la paz (*St 3,17-18*).

Conclusión: La obra de la paz

La realización de la paz en la conducta del discípulo aparece primeramente en su vida interior, de acuerdo con su comportamiento personal y por tanto, también como exigencia de vivir en paz con los otros. Esta exigencia de vivir en paz con los otros está expresada algunas veces, en el *NT* con el verbo *eireneu*, es decir, “pacificar”, que aparece en el texto en que se pide que los cristianos sean “la sal de la tierra” y por eso, deben vivir en la paz unos con los otros. *Por lo demás, hermanos, alégrense, trabajen para alcanzar la perfección, anímense unos a otros, vivan en armonía y en paz. Y el Dios de la caridad y de la paz estará con ustedes* (*2 Co 13,11*): *En lo posible y en cuanto de ustedes dependa, estén en paz con todos los hombres* (*Rm 12, 18*).

El mismo compromiso cristiano es explicitado en la carta de *St 3,18* (citado arriba) como “promover la paz” (*eirenopoieo*). El mismo verbo aparece en *Mt 5,9*, entre las bienaventuranzas: *Bienaventurados los constructores de la paz* (*eirenopoioi*), *porque serán llamados hijos de Dios*. En cierto modo ya se percibe como preanunciada la perfección total de la paz y del amor fraterno que será pedida por Jesús: *Pero yo les digo a ustedes que me escuchan: amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian* (*Lc 6,27*); *Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio. Entonces la recompensa de ustedes será grande, y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los malos* (*Lc 6,35*).

Las raíces de una paz sociológica

La palabra *pax*, de origen latino, significa tranquilidad, calma, paz de espíritu, concordia, estado de armonía civil de una nación que no mantiene guerras. *Los madianitas fueron humillados delante de los israelitas y no pudieron levantar la cabeza, de modo que el país pudo gozar un reposo de cuarenta años en el tiempo de Gedeón (Jc 8,28).*

Este concepto no acentúa aspectos más dinámicos de la paz, como la relación entre personas que no solamente ansían, sino que buscan construir una situación ideal de entendimiento, de bienestar, felicidad, salud, bien y justicia no sólo en el ámbito de la pequeña comunidad en que se vive, sino, sobre todo, en relación con la macro sociedad: nuestra ciudad, todas las naciones y con referencia a la misma humanidad. Esta preocupación es algo que se impone cada vez más a la atención de las personas, y de las mismas comunidades menores. Aparece como un proyecto desafiante, lleno de dificultades y problemas, casi insolubles, pero también como una tarea abierta al futuro y siempre inacabada, pues el presente se encuentra siempre amenazado por la experiencia del pasado y por la incertidumbre del futuro.

Las comunidades benedictinas, quizás desde el tiempo de san Benito, han sentido ciertamente la necesidad de ubicarse ante las exigencias manifestadas por las situaciones concretas de los lugares y de los tiempos en que vivían. Tiempos de guerras continuas, invasiones, devastaciones, miseria y pobreza.

Por los relatos de la vida de Benito, narrada por el Papa san Gregorio, en el *Libro II de los Diálogos*, se ve que varias veces el Abad procura armonizar las exigencias de la vida interna de los monjes, en su comunidad, con las necesarias salidas hacia lugares vecinos o más distantes, según las necesidades del propio monasterio u otras exigencias, sobre todo por el celo del bien espiritual de los habitantes en la misma región.

Pero, ciertamente, en otras ocasiones, la comunidad de Benito debe haber sentido la necesidad urgente quizás de ubicarse ante los graves problemas derivados de las alteraciones sociales y políticas ocasionadas por la caída del imperio romano y de las invasiones bárbaras.

Es posible que el sabio contenido del capítulo tercero haya sido de gran utilidad para momentos en que la comunidad sentía la urgencia de ubicarse y responder a situaciones concretas y difíciles. Necesidad de llegar a una visión objetiva y sobre todo, iluminada por la luz de la fe y de las exigencias de los Evangelios. ¡Qué precioso nos sería poder descubrir cuál es el proceso para este discernimiento!

Las tradiciones filosófica orientales han entendido siempre que es el amor universal el que debe hacer frente al dominio del egoísmo, fuente de todo mal y generador de apropiaciones indebidas. La tarea educativa consistirá pues, fundamentalmente, en hacer aparecer y fructificar las buenas disposiciones y capacidades humanas en vistas a la humanización del ambiente.

El hinduismo repudia todo tipo de violencia e insiste en el respeto a toda y cualquier forma de vida. En Gandhi este respeto a la vida aparecerá en una forma amable, mansa y tranquila, pero también, según la situación, en otra, rebelde e intolerante contra toda forma de injusticia y violencia. Él diferencia esta actitud de una mera paz interior y la justifica por ser una conducta indispensable para la vida en sociedad. Su no violencia se sitúa no contra la violencia, sino más allá de ella, superándola en la construcción de una paz que es fraternidad universal con todo ser viviente.

La cultura de la paz

Dice Dom Anselmo Grün que los sociólogos hoy constatan una creciente incapacidad para la paz. Aumentó la radicalización de los grupos dentro de la comunidad. Se perciben tonos más agresivos, incapacidad de aceptar objetivos diferentes, formación de “imágenes” enemigas a ser combatidas. Por eso mismo, hoy es costumbre decir que la cultura de la paz es obra prioritaria de todas las sociedades y comunidades humanas. Es necesario para esto que el proceso por la búsqueda de la paz sea asumido en un proyecto ético global, es decir, superando todos los intereses particularistas. M. Vidal dice que la ética de la paz será el proyecto que procura tornar realidad histórica el ideal utópico de la paz de toda la humanidad.

Este proyecto tiene como sujeto prioritario la sociedad civil y debe ser traducido en creaciones culturales que comprometan el significado de la existencia de los hombres y se encuadren en una verdadera propuesta de civilización.

Así entendida, la paz será una forma creativa de construir la historia.

Juzgamos oportuno transcribir aquí algunas formas o elementos que, según algunos sociólogos, toda cultura de la paz debe contener. O sea, esas formas o algunas de ellas deben estar presentes en sociedades o grupos humanos, para que en ellos sea posible el surgimiento y desarrollo de lo que se podría llamar las “raíces” para una cultura de la paz.

Optimismo antropológico

Uno de los más importantes desafíos para nosotros hoy, es tornarnos personas positivas, que logren construir sin destruir a los otros. Hasta los “programas” para la Paz pueden ser peligrosos, porque ya desde el comienzo están orientados a combatir algo o a alguien.

La cultura de la paz debe recuperar la creencia en la dignidad e igualdad básicas de toda persona, es decir, debe confiar simplemente en el ser humano. Este elemento de confianza podrá hacer frente al pesimismo antropológico reinante, que se cierra en la incapacidad hacia el cambio y en la constatación del dominio de algunos seres humanos sobre los otros.

Todas las formas de exaltación del propio yo y de disminución y menosprecio de los otros, de exacerbación nacionalista y visión pesimista del extraño como agresor, conducen a una cultura de la violencia. Esas culturas acostumbran partir siempre del presupuesto de que “el otro” es un infractor o un menos-hombre, por motivos de raza, sexo, creencia, etc. y de que por eso deberá ser dominado y subyugado.

Satisfacción de las necesidades básicas

No se puede esperar el surgimiento de la paz mientras la cultura reinante no esté al servicio de las necesidades legítimas y básicas de las personas (alimento, habitación, salud y educación, que permiten a todo ser humano vivir con dignidad). La cultura derivada de una obstinada concurrencia entre naciones y comunidades internacionales, en lucha por mayores riquezas económicas y financieras, tiene como consecuencia una injusta división de los bienes indispensables. Ya se ha hablado más de lo necesario de un Norte rico y de un Sur pobre y violento. Se vuelve pues imposible esperar la paz mientras perdure aquella desigualdad y sus carencias no sean al menos mínimamente atendidas, tanto entre las naciones como entre las comunidades y grupos sociales.

Afrontamiento de conflictos

«La riqueza del nuestro tiempo, tan cargado de conflictos, más o menos explícitos, es quizás, aquella de ayudarnos a tomar conciencia de la fecundidad de todo conflicto, bajo la condición de que lo reconozcamos como tal. Sin la presencia del “otro”, yo no puedo ser yo mismo. Mas, el encuentro con “el otro” traerá, ciertamente un conflicto» (Marc Oraison, *Les Conflits de l'existence*, p. 96).

La cultura de la paz no aboga la desaparición de los conflictos, pues ellos son inherentes a la condición humana; lo que ella estimula es su enfrentamiento con todos los recursos disponibles. Como tales, los conflictos son necesarios y, en parte, constituyen el motor del cambio social histórico. La cultura de la paz debe procurar hacer que el enfrentamiento personal o colectivo de los conflictos se realice desde la experiencia lúcida y convencida de que el hombre es eminentemente creador y promotor de formas nuevas de ser y de vivir la realidad.

Esta convicción se refleja mejor en aquellas personas que Erik From caracteriza como “biófilas”, es decir, que apuntan siempre hacia el futuro, aportan soluciones creativas, confían en las posibilidades humanas y utilizan medios no violentos en la resolución de conflictos.

Articulación de estrategias de acción no violenta

El movimiento pacifista se ha distinguido históricamente por generar estrategias de acción creativas y provocadoras, partiendo del ejemplo de Gandhi y Luther King. Esas y otras estrategias de acción deben procurar traer a la luz las contradicciones de la cultura de la violencia y se configuran como medios alternativos no violentos con vistas a la resolución de los conflictos sociales propuestos. Esto exigirá el acompañamiento de un proceso personal y colectivo de conocimiento y análisis objetivo de la realidad.

Perspectiva planetaria

La enfermedad que aflige a nuestro mundo, en términos de violencia, en todas sus manifestaciones, no contempla soluciones parciales. La cultura de la paz, expresión de universalidad, de totalidad y armonía debe impulsar:

- a) enfoque de problemas y búsqueda de soluciones superando los ámbitos limitados y parciales.
- b) elección de objetivos operacionales que propicien cambios básicos
- c) la elección de objetivos debe procurar garantizar el mínimo de bienestar humano y satisfacer las necesidades básicas y no darse nunca en términos de poder y de riquezas.

La paz en la *Regla de san Benito*

Es oportuno recordar que inicialmente tomamos conciencia de aquello que llamamos “textos-testimonios”, en los cuales los Papas más recientes, como historiadores acreditados, reconocen claramente la obra evangelizadora de la paz, realizada por los monasterios benedictinos, no solamente en épocas pasadas, sino también en los tiempos actuales.

Luego procuramos profundizar el significado de la paz, en sus raíces del Antiguo y del Nuevo Testamento, descubriendo de qué manera una cultura de la paz dependerá siempre de la fidelidad en vivenciar las experiencias de nuestra herencia de Israel, como condición para una continua autenticidad de los valores.

Hemos visto, aunque rápidamente, sobre cuáles raíces sociológicas puede ser posible que brote una cultura social de la paz.

Llegamos finalmente al momento en que deberíamos investigar la *Regla de San Benito*, descubriendo no solamente los textos en que se menciona la paz, sino todas las formas presentes en la vida monástica tal como la presenta Benito y que pueden ser consideradas como las fuentes de su verdadera doctrina sobre la Paz, tan reconocida como presente y actuante a través de la tradición benedictina, en todos los tiempos de su historia.

Pensamos que esa pesquisa, en lugar de ser presentada por el conferencista, podría ser elaborada de forma más pedagógica, si fuera realizada por los mismos grupos de estudio. Si no fuera así, pensamos que faltarían a esos grupos temas referentes a la paz que despierten un verdadero interés por la búsqueda de soluciones y respuestas a las cuestiones difíciles y actuales, propias de nuestros días, a la luz de la predominante cultura post-moderna.

Presentamos, pues, diez cuestiones que podrán ser distribuidas a los diversos grupos. Cada grupo deberá presentar, al final de un estudio más profundo del tema, y por escrito, un texto que manifieste y corresponda realmente al pensamiento del grupo.

Primera cuestión

En un momento en que la paz mundial parece cada vez más comprometida con tantas guerras regionales, con terribles consecuencias para sus habitantes y cuando crece cada vez

más el temor de una conflagración generalizada, con posible uso de armas atómicas, ¿cuáles son las actitudes que se están tomando en este momento (o deberían ser tomadas) por nuestras comunidades, ante de nuestro compromiso con la paz benedictina?

Segunda cuestión

Examinando con atención el texto de la nota al pie de Puebla 272 (citada en p. 2), en la cual se hace referencia a las comunidades benedictinas en el Medioevo,

- a) ¿podemos afirmar que el testimonio de la paz estaría también incluido en aquella afirmación elogiosa, en el concepto de una “comunidad evangelizadora”?
- b) Si fuéramos hoy cuestionados por nuestros Obispos sobre el testimonio de nuestro modo actual de vivir las características de nuestra identidad benedictina, ¿cómo podríamos presentar nuestras justificaciones?

Tercera cuestión

Se considera de gran importancia no sólo el conocimiento, sino también el análisis de los principales documentos de Pablo VI sobre la vida monástica benedictina. Son los siguientes (citados en pp. 4-7):

- El Discurso en Monte Casino (1964);
- La Carta Apostólica declarando S. Benito patrono de Europa (1964);
- La Allocución a los Abades de la Confederación Benedictina (1966).

- a) Examinando esos “textos-testimonios” del Papa Pablo VI, ¿podríamos comprobar que el Papa, entre los innúmeros beneficios que el monacato benedictino trajo a Europa, enumeraba también la misión de la paz?
- b) Será importante reunir todas las cualidades (con el significado propio que les cabe) que Pablo VI atribuye a la vida benedictina y ver cuáles son los principales efectos positivos de esta presencia benedictina en la Iglesia, en Europa, y también en el propio hombre.
- c) ¿Con qué palabras el Papa manifiesta su convicción de que esas cualidades “benedictinas” deberán estar siempre presentes y actuales en nuestros monasterios? Y para eso serán siempre necesarias algunas condiciones exigentes. ¿Podemos decir que aún hoy esas palabras de Pablo VI conservan su valor y actualidad?

Cuarta cuestión

El Papa Benito XVI, en su allocución sobre la Paz para el día 1º de este año, deseando esclarecer los motivos para la elección de su nombre, se refería a san Benito como “patrono de Europa e inspirador de una civilización pacificadora en el Continente entero”. ¿Podrá el Grupo encontrar, entre los “textos-testimonios” algunas citas que justifiquen esa afirmación?

Quinta cuestión

El concepto bíblico de la Paz, en el AT se manifiesta íntimamente relacionado con el misterio de la Alianza, o sea, de la esperanza por la venida de una paz mesiánica. Siendo la *Regla* de nuestro Padre, en muchos puntos, bastante fiel a esa tradición bíblica, ¿se pueden encontrar textos de la *Regla* benedictina que revelen la presencia de la Alianza de la paz tanto en la vocación del monje como también en el testimonio de la comunidad?

Sexta cuestión

Conocemos cuánto la *Regla* Benedictina está marcada por un radical Cristocentrismo. Estando la paz íntimamente relacionada con la persona y la misión de Cristo, ¿podrá el Grupo mostrar la misma centralidad de la paz de Cristo en la vida del monje y de la comunidad?

Séptima cuestión

Entre los “instrumentos de las buenas obras”, encontramos este texto de la tradición monástica: “No dar paz fingida”. Una lectura atenta de la *Regla* podrá revelar los textos que manifiestan el pensamiento de Benito sobre esa actitud condenable, pero posible. ¿Cómo expresarlo?

No podremos negar que la exigencia cristiana de ofrecer un testimonio de paz verdadera no cabe sólo a los monjes personalmente, sino también a las comunidades monásticas. ¿Cuáles serían las posibles formas de vida de la comunidad que en el presente podrían ser consideradas como “paz simulada”? Y ¿cómo podrían ser detectadas y evitadas?

Octava cuestión

Considerando los cinco elementos o formas de organización social que, según algunos sociólogos, deben estar en la base de una cultura de paz, buscar en la *RB* los textos en los que pueden ser encontrados algunos de esos elementos, y analizar si, de hecho, son ellos fundamentos de una paz comunitaria.

Novena cuestión

¿Se puede encontrar en la *RB* la búsqueda de una Paz Evangélica? Y en otros textos de la *RB*, ¿se puede encontrar la búsqueda de una paz meramente social o comunitaria? ¿Cuáles son los textos que justifican la respuesta?

Décima cuestión

La *RB* insiste, en varios lugares, en que la justicia sea realmente la fuente de la paz en la comunidad. Pero, al mismo tiempo, muestra también la necesidad de reconocer y atender a las legítimas necesidades personales, como la de valorizar y premiar a los que revelan mayor empeño en la caridad o en la obediencia.

Benito reconoce, sin embargo, el peligro de la desigualdad resultante: la pérdida de la “justicia distributiva” de la paz y la aparición del vicio de la murmuración.

Será pues muy importante encontrar, en la *Regla*, aquellas formas de actuar propias del abad o de la comunidad, que sean aptas para superar este problema. Ciertamente que esas formas serán válidas todavía hoy para una pedagogía de la justicia y de la equidad en cualquier comunidad.

*Mosteiro de São Bento
Caixa postal 44
13280-000 Vinhedo (SP)
Brasil*